



Filosofar es formarse entre amigos: el fundamento socrático - educativo del café filosófico

Mariana García Pérez

Universidad Nacional Autónoma de México

marianagarcia.unam@gmail.com

Palabras clave: educación, experiencia, amistad, prácticas filosóficas, filosofía, pedagogía.

Resumen

Sócrates es la figura que encarna, sin lugar a dudas, la naturaleza de la reflexión filosófica en su más fehaciente representación. La icónica frase “Yo sólo sé que no sé nada” atribuida al filósofo griego a partir de los diálogos platónicos evidencia no sólo la aparente ignorancia a partir de la cual increpaba a sus interlocutores atenienses, sino también, y de manera paradójica, la manera particular de vincularse afectivamente con ellos y una práctica educativa distinta cuyo eje fundamental es la pregunta.

Paralelamente, una de las características fundamentales que encontramos en otra figura fundamental en la antigua Grecia es el *paidagogo* (παιδαγωγός), lacayo que servía a las familias aristócratas de aquella época. Entre las labores que desempeñaba este esclavo se encontraba orientar o “encaminar” a su pequeño amo hacia donde se encontraba el *didáskalos* (διδάσκαλος), aquel que impartía las lecciones de gramática, música y aritmética entre otros saberes.

Considerando este breve panorama de ambos personajes, en el contexto de la propuesta del proyecto de Filosofía en la Ciudad, es posible distinguir parte de los rasgos de la práctica socrática con la propiamente labor educativa por parte del antiguo *paidagogo*. Si bien la labor del animador de café filosófico es fundamental en la medida en que orienta la discusión de una temática particular, su actividad se distingue sobre todo por incluso permitirse ser interpelado a través de los *cafépensadores* por nuevos cuestionamientos, tal como acontecía con la mayéutica socrática. Así, en la medida en que Sócrates no pretende “enseñar” y/o “instruir” en un determinado saber, su labor más bien consiste en mostrar o poner de manifiesto, a través de



la pregunta, el saber que reside en ellos y que hasta entonces desconocían. En tanto que Sócrates “no sabe nada”, su labor evidencia “esta voluntad compartida de ponerse de acuerdo [y por ello este] no ofrece sabiduría, pero ofrece otredad.” (Hadot, 2006, p. 71.)

En este sentido, en la práctica del café filosófico se precisa la intervención de otro a través del cual podamos hacer evidente no sólo aquello que apre(he)ndemos, sino también aquello que nos falta. No obstante, como sucedía en el caso del vínculo entre el *paidagogo* y el niño, la relación que se construya en el ámbito del saber filosófico requiere de cierta horizontalidad sin la cual no sería posible ubicarnos —literalmente— en el mismo campo de visión que el otro. Al respecto, Giorgio Agamben ha asegurado en gran parte de su obra que la pregunta ¿qué es la filosofía? nos orilla a pensar que se trata de “una cuestión a tratar entre amis” [entre amigos]. (Agamben, 2010, p. 39.)

En resumen, y a la luz de ambas figuras griegas, el café filosófico se conforma como un espacio en el que, paralelamente a la cátedra universitaria, el saber no se concibe como una propiedad inherente de los académicos especializados, sino más bien como una bitácora en la que circulan múltiples experiencias subjetivas. Dicho de otro modo, “los esquemas conceptuales utilizados en cada estudio no son estanques privados; son corrientes que se alimentan de nuestro pensar cotidiano, que los sabios modifican y que finalmente regresan a nuestra mente, influyendo en nuestras vidas.” (Midgley, 2002, p. 17.)